

cia, y con la carne; y entónces, siendo puros, con aquella pureza que se adapta con nuestro estado; humildes, con aquella humildad que conviene á nuestro carácter de cristianos, seguros de cumplir la voluntad del Altísimo, ofreceremos á María el verdadero tributo de alabanza, de admiracion y de homenaje.

Y Vos ¡oh Madre intacta, Virgen fecundísima! que nos habeis enseñado el ejercicio de tan sublimes virtudes con vuestros ejemplos; ¡ah! grabadlos en nuestro corazon, á fin de que ellos nos conduzcan, en algun modo, á aquella sobrehumana grandeza, á la cual Vos fuisteis encubierta por el Altísimo. ¿No fué la pureza la que hizo de Vos el objeto de las complacencias de Dios? La pureza sea tambien, la que nos haga á nosotros agradables á nuestro Padre celestial. ¿No concebiste por medio de la humildad al Hijo del Altísimo? Haced, pues, que por tal medio, podamos nosotros concebirle, igualmente, en el interior de nuestro corazon. Dificiles son, por cierto, tales virtudes en la tierra, hoy, especialmente, que la dominan la carne, la ambicion y la soberbia; mas ¿qué no hemos de poder nosotros, protegidos por vuestro brazo, cubiertos con vuestro manto, y custodiados siempre por vuestro amor? ¡Oh Madre purísima! ¡Oh Virgen fecunda! la grandeza de vuestro privilegio sea para nosotros motivo cada vez de mayor y más fundada esperanza. Siendo Vos Madre de vuestro Dios, que lo es tambien nuestro, todo lo podeis cerca de Aquel, que fué atraído por vuestra virginidad. ¡Ah! mostrad tal poder á favor nuestro y en nuestro auxilio. Hacednos humildes por medio del conocimiento de nuestra nada, y hacednos castos en las acciones de nuestra vida; así, y siendo émulos de vuestra gloria, podremos gloriarnos con Vos misma, de ser madre de Aquel, que reconocemos por Padre, por Maestro y por Salvador acá en la tierra, y por Glorificador en los cielos.

DIA TREINTA Y UNO.

LA CORONA IMPERIAL,

Ó SEA:

EL PODER DE MARÍA.

Pete, mater mea: neque enim fas est ut avertam faciem tuam.

Pide, Madre mia, que no es razon que yo te disguste.

(III. REQ. II, 20).

Nuestra Madre santísima es, pues, aquel místico y delicioso jardin, en el cual germinaron todas las flores de las más excelsas y sublimes virtudes. Y nosotros, hijos afectuosos de tan tierna Madre, hemos recorrido aquella maravillosa morada, impulsados por el deseo de contemplarla en sus principales partes, y de recoger, de vez en cuando, algunos selectos gérmenes para plantarlos en nuestros miserables corazones, y para admirar, cuando no fuera otra cosa, el sitio donde está escrito con caracteres de fuego: *aquí, todo es intangible; venerad y enmudeced.* Y puesto que ahora vamos á salir ya de la escogida mansion, demos una última mirada al conjunto de sus sobrehumanas bellezas; y manifestando de nuevo nuestra sorpresa por sus fúlgidas Rosas, sus candidas Azucenas, y su selecto Junquillo; publicando de nuevo nuestra admiracion por su humilde Albahaca, su afortunado Acebo y su inocente Primavera; y expresando otra vez nuestro encanto, finalmente, por su mística Verónica, su delicioso Jazmin, y su espiritual Geranio; que nuestros deslumbrados ojos no se sacien todavía de contemplar, en el interior del bosque, aquella Madreselva, que allí ufana se levanta; aquella Viudita, que allí modesta se oculta; y aquella Violeta, que allí se humilla, y que la imaginacion parece no poder olvidar. Y allí, en las vertientes del monte, vuélvase á recrear nuestra mirada en aquel Clavel, cuya

llama enamora; en aquella Espinalba, que florece en medio de las espinas; y en aquel Eliótopo, que constantemente se eleva hácia el cielo. Contemplemos una vez más aquel Estramonio, cuyo olor me postra por tierra; aquel Girasol, que sigue al astro del día en su movimiento diurno; aquel Iris, que abraza en sí todos los colores primordiales y secundarios que existen en la naturaleza. Y dirigiendo aún más arriba nuestro pensamiento, fijemos nuevamente los ojos en aquella Trinitaria, que descuello sobre la cumbre de aquel monte misterioso; y en las flores que la rodean, la triste Pasionaria y la fortísima Anémoma. Dirijamos una última salutación sobre las aguas del plateado riachuelo, á aquella escogida Miosotis, á aquella agradecida Campanilla, y á aquel Boton dorado. Consagremos, por fin, nuestro afecto, en el terreno reservado, á aquel Tulipan, que nos habla de la belleza; y á aquel Ranúnculo, que tan grandes misterios nos anuncia.... Mas ¿qué nuevo portentoso, hermanos míos, viene ahora á sorprender mi mirada? ¿Qué flor es, pues, aquella, que, habiendo pasado casi desapercibida en el decurso del presente mes, osténtase ahora la más bella, la más lozana y la más seductora? ¡Oh! acércate, graciosa florecilla; y vosotros, hermanos míos, contempladla atentamente. Por su tallo, pudierais tomarla por una cándida Azucena; por sus maravillosas hojas, pudiera pareceros un Tulipan; y considerando su figura, diríais que es obra del arte. Pero, no, hermanos míos: la naturaleza es la que ha colocado en torno de su fértil tallo, coronado de un grupo de verdísimas hojas, un doble cerco de agraciadas florecillas amarillas y purpurinas en su color, matizadas, acá, y acullá, de varias tintas admirablemente combinadas, y dispuestas de tal manera entre sí, entretrejidas en las hojas con tal maestría, que vienen á figurar una rica guirnalda, una preciosa diadema. De ahí, su nombre de Corona imperial. ¡Oh nombre maravilloso! oh Corona preciosísima! tú eres la que ciñes la cabeza de nuestra Madre María, y la constituyes Reina sobre su trono; Reina de la más elevada grandeza, Reina de la más sublime potestad, Reina del imperio más admirable.

Detened, pues, almas venturosísimas, detened, repito, aún esta noche, vuestro paso en el jardín Mariano, y á la vista de esa Corona imperial, que nos está anunciando, que nuestra Madre santísima reside gloriosa al lado mismo de Dios, cual árbitra que dispone y levanta, conforta y refrigera, sostiene y defiende á cuantos imploran, postrados á sus plantas, su protección y defensa; pasemos á considerar esa nueva gloria de nuestra augusta Reina. Y por medio de tal consideración, será, precisamente, como nosotros, animados con

la confianza de alcanzar de Ella aquella fortaleza que nos es necesaria para sostenernos en los peligros, defendernos en las pruebas y salvarnos en las tentaciones, nos consagraremos á su servicio con la plena obediencia de nuestro pobre corazón, cuyo acto es á sus ojos tan agradable. A. M.

Aquel alto y sublime cedro del Líbano, aquel ciprés de Sion, aquella fuerte torre de David, aquel baluarte inexpugnable, aquel ejército, que ordenado para una sangrienta batalla, destruye y aniquila cuantos reductos se oponen á su paso, dispersando y exterminando á las falanges enemigas; hé ahí, hermanos míos, los símbolos más expresivos del poder de María. Elegida, desde la eternidad, y llegando á ser, realmente, en el tiempo, la Madre del hombre Dios, esa dignidad, sin duda alguna, debía implicar respecto de la Virgen un poder sobrehumano, excelso, incomparable; un poder, casi estoy por decir, infinito. Siendo, como es, una verdad, que el ser Madre implica cierto derecho sobre los propios hijos; una verdad debe ser, al mismo tiempo, que el ser Madre de Dios implica cierto derecho sobre el mismo Dios. De ahí, que nosotros sepamos por la sagrada Escritura, que María, por medio de esa dignidad suya, vino á revestirse de un imperio, al cual no rehusó someterse el Eterno: *et erat subditus illis*. (Luc. II. 51.) Pues bien, mis amados hermanos; ¿cuál será, por lo tanto, el poder de Aquella, á la cual el Omnipotente se declaró sumiso? de Aquella, que posee una fuerza procedente del más sagrado de los derechos sobre Aquel que se llama, y es, en realidad, la Omnipotencia misma? Ved de ello un testimonio en el milagro de las Bodas de Caná, debido, respecto de lo intrínseco, á la virtud del Altísimo, y respecto de la ocasión, al poder de María.

No vayais á creer, por eso, mis amados hermanos, que ese derecho, concedido por la naturaleza á todas las madres de la tierra, no fuera reconocido por Aquel, que habiendo descendido del Cielo, escogió por Madre á María, y era, en realidad, Hijo de María. No, hermanos míos; y aún cuando así no os lo probara la solemne declaración hecha por el Redentor, de que él había venido á la tierra para cumplir la ley en todas sus partes; os lo probarían aquellas bellas palabras de Salomón, que, en la persona de Cristo, dirigía á su madre, que figuraba á María. Pide, madre mía, decía él: declara tu voluntad, que no es razón que yo te deje desairada: *Neque enim fas est ut avertam faciem meam a te*. (Reg. II. 20). Y ¿qué significa, cristianos, el afirmar, que no puede Dios dejar desairada á María? ¿Qué significa declarar, que no le es posible dejar de escuchar su voz? ¿No es eso,

acaso, reconocer en María, aquellos derechos, que procediendo de su calidad de Madre, implica respecto de Ella el más sublime poder, la más excelsa potestad? ¿No es eso declararse sumiso á sus insinuaciones, pronto á su querer, obediente á sus mandatos?

Si la existencia de tales derechos fué reconocida en María por el Altísimo, cuando, hecho hombre, realizaba la grande obra de la humana redencion; no lo fué ménos, cuando este mismo Hombre Dios, coronaba esa misma obra en la cumbre del monte de los dolores, y cuando, habiendo subido triunfante á la celestial Jerusalem, llamaba á su diestra á su Madre santísima.

Y, verdaderamente, mis amados hermanos; una vez consumada la obra de la iniquidad humana, el Hombre Dios iba á exhalar aquel grito solemne, que conmovió la naturaleza, é hizo estremecer la tierra misma sobre sus cimientos; á la sazón en que el moribundo Redentor, dirigiendo su mirada al discípulo amado, y designándole á la Virgen, ahí tienes, le dijo, á tu Madre. ¡Oh palabras profundas! oh acentos misteriosos! oh arcano, sobre todo otro, sorprendente y sublime! Muere, pues, el Hombre Dios, consuma la grande obra del humano rescate; conviértese para todos en causa de salvacion y de vida; y, sin embargo, en aquel momento solemne, en que esa causa comun de vida debía manifestarse; en aquel momento solemne, en que esa fuente de vida debía hacerse enteramente ostensible; en aquel momento solemne, en el cual, el Redentor dirigiéndose á Juan, hubiera debido decirle: mira, en mí tienes á tu Padre amoroso, á aquel que, solamente, puede interceder por tí cerca del divino Generador; en aquel momento, repito ¡oh cristianos! no se nos indica á otro que á una mujer; no se nos encomienda á otro que á María. Y ¿qué acentos son esos, pues, del Redentor agonizante? ¡Ah! mis amados hermanos; esos son los acentos de un Hijo, que confiesa en el momento más solemne su dependencia de la Madre! Son los acentos de un divino Redentor, que, hallándose próximo á morir por la comun redencion, no quiere que ésta sea aplicada más que á aquellos por los cuales intercediere su Madre! Son los acentos de un Hombre Dios, que teniendo bien conocida la ingratitud de sus hijos, y previendo la cólera de que debería un día armarse su diestra, indica el único medio poderoso para desarmarla: su Madre santísima!

Y eso sucedió así con toda razon, mis amados hermanos; y casi estoy por decir, en rigor de justicia. Como quiera que la causa única y principal de la humana Redencion fuera el Hombre Dios, no dejó de concurrir en ella, igualmente, nuestra santísima Madre;

concurrió en ella, no cual mero instrumento que dá á Cristo la carne propia para padecer, sinó aún con cierto movimiento de su propia voluntad; movimiento, que la decidió á aceptar el sublime cargo que le fué propuesto por Gabriel, y con él, todas las consecuencias inseparables del mismo; movimiento, que le comunicó tal fortaleza, hasta el punto de ofrecer Ella misma al Padre á su Hijo para redimir al hombre, segun nos lo enseñan todos los Padres de la Iglesia: *Sic Maria dilexit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret.* (S. Bonar. in P. Dist. 48. q. 20.) De ahí, que habiendo Ella cooperado á la Redencion, no sólo con sus gracias, sino aún con sus méritos, viniera á adquirir un derecho á la aplicacion de esa Redencion misma; pudiendo así decir, á buen título, al Altísimo, que quería fueran salvos aquellos hijos, por los cuales Ella misma y su Unigénito sometieron á los más crueles tormentos, al martirio más inhumano y atroz. Así, cuando el Altísimo, armado de un justo enojo, disponiase á lanzar contra los impíos el dardo de su ira, y á blandir contra ellos la espada de su divino furor, bien pudo María embotar ese dardo y quebrar esa espada, é impedir los efectos de la divina indignacion. Y por tal medio se apaciguará, en efecto, el Omnipotente; el Altísimo cederá á aquella fuerza, el Eterno condescenderá con su Madre. Así, pues, si Él nos ha declarado, que se hallaba pronto á satisfacer los deseos de aquellos que le temen; si es propio de la bondad del Omnipotente, resistir al orgullo y á los soberbios; propio es, igualmente, de esa bondad misma, ceder á la humildad y á los humildes. Mas, decidme, en este punto ¿podiera acaso haber ninguno, que sea capaz de doblegar la voluntad del Altísimo, mejor que María? ¿No fué Ella, por ventura, la que se declaró la esclava de su Señor? ¿No fué Ella, la que cantó, que el Señor había obrado á su favor cosas grandes, precisamente, porque tuvo en consideracion la humildad de su sierva? ¿No fué Ella, la que se mostró dispuesta en todo instante á cumplir la voluntad del Altísimo? ¿Qué gracia, por lo tanto, pudiera negarle su Dios? ¿Qué gracia no pudiera obtener su humilde, y á la vez soberana peticion? Si á la voz de Abigail, aplacose la cólera del enojado David; y á la de Estér, revocose el inhumano decreto de Asuero; ¿qué poder no deberán tener, pues, la voz y la súplica de María? Y si ya un día el débil brazo de una doncella israelita fué tan fuerte, que pudo con un clavo traspasar hasta el suelo el cerebro del impío Sisara; si ya en otros tiempos, encerrose en un pecho femenino el valor varonil, y el inaudito poder de cortar de un sólo golpe la cabeza del más temido de los capitanes, Holofernes, y de cortársela en su tienda misma, en medio de sus feroces guerre-

ros; ¿cuál no será la fortaleza, el poder del brazo de María, de Aquella, que empezó los combates y las victorias desde el primer instante de su vida, y que en aquel momento mismo aplastó al más poderoso de los enemigos, Lucifer? ¡Oh! regocijaos, pues, mortales, y, extasiados ante la imagen de esa Corona imperial, que simboliza el poder de nuestra Madre María, entonad himnos y cánticos de amor, de piedad y de súplica á vuestra augusta Señora, á vuestra excelsa Soberana, á vuestra poderosa Reina.

Y aquí fijaos, hermanos míos, en la consoladora prerogativa de ese mismo poder, toda vez, que si ese poder, considerado con relacion á Dios, es un poder de intercesion, un poder que obtiene cuanto pide y suplica; y, considerado respecto del Empireo, es un poder de grandeza y de gloria, un poder que sublima á la Virgen al trono más alto junto al de Dios, y le vale el homenaje de todos los Santos, que, sinceros y unánimes, depuestas á sus plantas sus coronas, la llaman su Reina; si ese poder, considerado respecto de los abismos, es un poder de terror, un poder que hace temblar á aquellos mónstruos á la simple invocacion de ese nombre poderosísimo; considerado con relacion á los hombres, es un poder, hermanos míos, enteramente de amor, de benevolencia, de compasion; un poder que corresponde perfectamente á los atributos de una Madre; un poder que solo se ejerce para hacer bien y auxiliar. Yo sé, que la sagrada Escritura compara á María á aquella torre, ceñida de baluartes, de la cual cuelgan mil escudos, arneses todos de valientes; á aquel ejército, que se halla ya dispuesto para la terrible batalla; y tal, ciertamente, tal es nuestra Madre para los impíos; tal para aquellos que forman causa comun con su jurado enemigo, con Lucifer; mas para aquellos que la sirven, para aquellos que la aman, y para aquellos que la buscan, ¡ah! Ella es luz que ahuyenta las tinieblas, luna que ilumina la noche, dulce céfiro que disipa las nubes. Y ahora, prescindiendo de simbolos, os diré, hermanos míos, que María es una Madre, á la cual para proteger nunca le falta voluntad, ni poder; una Madre, que visto el peligro que corren sus hijos, puede y sabe auxiliarlos; una Madre, que, una vez ha oido las súplicas de sus hijos fervorosos, puede y sabe atender á ellos al instante mismo.

¡Oh! animémonos, pues, hermanos míos, y sepamos aprovecharnos de tan piadoso poder! En las tentaciones, en los peligros y en las necesidades, recordemos que tenemos una Madre, la cual puede socorrernos, y que anhela vivamente protegernos! Hacia Ella volvamos, pues, las miradas de nuestro espíritu, los afectos de nuestro corazón. ¿Por ventura nos sentimos afligidos? ¡Oh! María será, en

tal caso, bastante poderosa para auxiliarnos, y su poder será nuestro consuelo y nuestra alegría. ¿Somos débiles? ¡Oh! María será poderosa, igualmente, para socorrernos, y su poder será nuestra fortaleza y nuestro valor. ¿Nos hallamos oprimidos por los enemigos? ¡Oh! María será poderosa para asistirnos, y su poder será nuestra ayuda y nuestra defensa. En todo estado, en toda condicion, en todo tiempo, y en toda circunstancia, recurramos á María, y con su poder satisfará nuestros deseos, y será la delicia de nuestro corazón. En las tentaciones, tendremos en María un asilo; en los peligros, María será nuestro sosten y nuestro refugio; en las enfermedades, seremos salvos por la proteccion de María; sin que hubiere enemigo tan poderoso, mal tan rebelde, ni dolor tan acerbo, que no ceda á la fortaleza de su brazo poderosísimo. Y así en el alma, como en el cuerpo, en la vida, como en la muerte, en lo presente y en lo futuro, por el poder de María seremos salvos, seremos afortunados, seremos dichosos.

Empero ¿acaso Ella, nuestra Madre santísima, no exigirá nada de nuestra parte, hermanos míos? ¿Será enteramente gratuito el esfuerzo de su brazo para conducirnos á la salvacion? ¡Ah! no nos engañemos, hasta tal punto, cristianos! Dispuesta se halla María, en efecto, á emplear en nuestro favor su maravilloso poder; mas Ella quiere, así mismo, que correspondamos por nuestra parte de todas las maneras posibles. Ella quiere ver en nosotros una vida conforme con sus ejemplos, una alma exenta de faltas, y, especialmente, un corazón limpio, purificado y amoroso; un corazón apartado de todo pensamiento mundano, de todo deseo carnal, de todo afecto de vanidad y de soberbia; un corazón lleno de virtud, revestido de justicia, abrasado por las llamas de la más ardiente caridad. Hé ahí, hermanos míos, á que condiciones la Virgen empleará su poder á favor nuestro. Pues bien; ¿renunciaremos, por nuestra parte, á los beneficios de su proteccion, ántes que procurar que tal sea nuestra vida y tal nuestro corazón? ¿Seremos, acaso, tan insensatos, que nos privemos de tantos bienes é incurramos en tantos males? Empero, ¿cómo, me preguntareis, sin duda, de qué modo hemos de conseguir, pues, que nuestra vida y nuestro corazón sean tales? ¡Ah! mis amados hermanos; nada más fácil; todo ello no es más que obra de un sólo sacrificio; pero de un sacrificio dulce, de un sacrificio lijero, de un sacrificio suave. Arrojemus nuestros miserables corazones en aquel ardiente horno en que se abrasa el corazón de nuestra Madre santísima; ofrezcámosle á Ella, con nuestros corazones, nuestra vida; y así seremos tales, cuales nos quiere la Virgen para hacernos dig-

nos de su poderosa mediacion. ¡Oh! ¡qué contento no experimentaremos permaneciendo encerrados en aquel horno! ¡Oh! ¡qué benéficos influjos recibiremos de nuestra Madre amorosa! Pues bien; ¿á qué más dilaciones, mis amados hermanos? Postrémonos, sí, postrémonos, desde luego, á las plantas de María, y con los suspiros más ardientes, los afectos más amorosos, y las lágrimas más sinceras, hagamos ese solemne sacrificio, ese holocausto de amor. Depositemos en manos de María nuestro pobre corazon; en ellas se purificará de toda mancha, se revestirá de las más sublimes virtudes: en ellas se hará fuerte en los peligros, firme en los asaltos, invulnerable á los golpes de sus crueles enemigos: en ellas, finalmente, hallará aquel poder de patrocinio, aquella eficacia de proteccion, que sabrá hacerlo terrible á los enemigos, agradable á los santos, digno de la complacencia misma de Dios.

Hémos, pues, oh María, hémos aquí á vuestras plantas amorosas; hémos aquí en actitud suplicante delante de vuestro trono. Vos nos veis ¡oh Madre nuestra amorosa! Vos nos veis (con nuestros miserables corazones en la mano. Estos corazones los deponemos sobre vuestra ara sagrada, los entregamos en vuestras manos santísimas. Hémos, pues, ¡oh María! dispuestos á pronunciar la fórmula solemne, el solemne juramento. ¡Ah! sostenednos en este acto! haced que sean verdaderas nuestras palabras, firmes nuestras resoluciones, y que nos sean agradables nuestros sacrificios! Miradnos como Madre, escuchadnos como Madre, y bendecidnos como Madre. Somos devotos vuestros, que os proclamamos nuestra Patrona; súbditos, que os llamamos nuestra Reina; somos hijos, que para daros la porcion más escogida de nosotros mismos, nuestro corazon, os invocamos de la siguiente manera:

OFRECIMIENTO DEL CORAZON.

¡Santísima Virgen, Madre de Dios, María! nosotros, bien que pecadores indignísimos, postrados á vuestras plantas, en presencia de Dios omnipotente y de toda la corte celestial, os presentamos y os ofrecemos nuestro corazon con todos sus afectos; os lo consagramos, y queremos que sea siempre vuestro y de vuestro querido Jesús. Acep-

tad, pues, ¡oh benignísima Madre! de estos vuestros humildes siervos, el devoto ofrecimiento unido al corazon de todos los Santos; y haced, que desde este punto mismo, comencemos á vivir, y prosigamos viviendo, en lo sucesivo, únicamente para Vos, y para vuestro divino Hijo; á fin de que, viviendo de vuestro hermoso fuego en la tierra, podamos abrasarnos luego de eterno amor por Vos, allá, en el cielo, en compañía de los Angeles y de los Santos. Así sea.

FIN,